

Un error afortunado

Por

Rachel Amity



Las puertas del tren se abrieron de repente. Inhalé un aliento hondo y entré.

Me sentía poderosa en mi traje nuevo. El pelo en cola de caballo suave, con joyas elegantes y zapatos de estilo profesional, estaba lista para la entrevista.

Toda mi vida, quise ser abogada. Pasé seis años en la universidad, estudiando leyes innumerables y practicando como argumentar. Me gradué condecorada, pero en ese momento, no podía recordar nada. Mi mente estaba en blanco por los nervios. Todos mis estudios culminaban en la entrevista que comenzaría en sólo una hora- ¡una hora! El corazón latió más rápido.

Me senté y el tren siguió. Tarareé nerviosamente.

“Perdón... ¿estás bien?” una voz interrumpió mis pensamientos.

Miré a la derecha y vi a un hombre tan guapo, con una expresión curiosa en la cara. Inmediatamente me sentí avergonzada.

“Sí, lo siento” respondí.

“¿Estás segura? Tarareaste muy... violentamente,” explicó con una sonrisa brillante.

Aunque no le conocía, le conté todo: mis aspiraciones, la entrevista importante, mis nervios. Confié en él en seguida. Escuchó todo sinceramente y, mientras hablaba, empecé a sentirme menos nerviosa. Hablar con este hombre atractivo y amable me dio seguridad. Hablamos también de él y su vida: se llamaba Diego y era un chef con su propio restaurante en la ciudad. Tenía dos perros y le gustaba la literatura y viajar. El hombre perfecto, pensé.

Cuando el tren entró a la estación, intercambiamos nuestros números de teléfono y salí del tren de buen humor. El día parecía más espléndido que antes de que le conociera. Empecé a caminar hacia la oficina cuando me di cuenta de algo horrible: no tenía mi portafolio. Lo había dejado en el tren. Contenía mi currículum vitae. Sin mi currículum vitae no podía asistir a la entrevista. Sin la entrevista no podía conseguir el trabajo. Sin el trabajo...

Quise llorar. El tren se había ido. Acababa de perder la oportunidad más importante de mi vida. Me sentía afligida.

Mi teléfono sonó en mi bolso. Un número desconocido apareció en la pantalla.

“¿Hola?” contesté curiosamente.

“¡Pilar! Pilar, ¿dónde estás?” dijo una voz masculina.

“¿Quién eres?” contesté confundida.

“Soy yo, Diego, del tren. ¿Me recuerdas? Olvidaste tu portafolio, pero lo tengo. ¿Lo necesitas para la entrevista?”

¡No podía creerlo! Tal vez pudiera asistir a la entrevista a pesar de todo.

“¡Sí! ¿Dónde estás ahora, Diego?” pregunté con urgencia.

“Caminando hacia ti.”

Miré a la derecha y vi a un hombre muy guapo con una sonrisa brillante. El hombre perfecto, pensé otra vez más.

“Me di cuenta después de que saliste del tren,” explicó rápidamente. “¡Vete! No quieres llegar tarde,” dijo Diego. “Y no te preocupes. A ellos les impresionarás. Estoy seguro.”

“Gracias... gracias por todo, Diego. ¿Te llamo luego?” pregunté tímidamente.

“Sí, por favor” respondió. Intercambiamos una sonrisa. “¡Vete! ¡Buena suerte, Pilar!”

Entonces, caminé rápidamente en la dirección de la oficina, con mi portafolio, con veinte minutos hasta el inicio de la entrevista, con el número de un hombre increíble y con mucha confianza.